VIENDO LAS PRISIONES

Amigo Casasola:

Ud. me ha reprochado a veces porque no le colaboro en su periódico. Bien sabe que de ese placer sólo me priva el riguroso afán de las luchas cuotidianas, pues arrezado a la lucha, mi campo y mis legiones estuvieron siempre entre los anhelos proletarios que se adhieren como las hiedras, tímidamente primero, a los muros de los castillos de imposición, pero que entrando por una de sus grietas van haciendo labor de piquetas ocultas hasta derruirlos.

Ahora voy a hacerle una proposición que sé de antemano que Ud. aceptará. HOJA OBRERA no debe ser exclusivamente un órgano del pensamiento obrero. Ese carácter limitaría su acción a una sola de las actividades proletarias. Nó, ella debe ser la hoja que cante el canto rojo de la vindicación, o la trompeta que congregue bajo un estandarte de concordia, sobre murallas de valor, a todos los pobres, a todos los débiles, a todos los anémicos, a los que ofician bajo el sol en el altar de una labor constante la misa santamente profana del trabajo, a los que tienen la conciencia de su corazón sano y de su brazo prepotente, a todos los tristes con la tristeza de sus empeños fracasados, a todos aquellos que por ser pobres no tienen periódicos que hagan sus campañas, en cuyas columnas sólo hay cabida para la defensa o el elogio que tienen el tintineo de las monedas de Judas.

Nuestras empresas periodísticas son netamente comerciales y no saben de las sublimes compasiones ni de los sentimientos solidarios para el que cae, si al caer no levanta una bolsa de oro que congregue simpatías.

Acabo de visitar una de nuestras prisiones y se ha clavado en mi alma una uneva amargura. Dejando para otros artículos posteriores la crítica a nuestras prisiones de molde y de conformación antiguas, donde los delincuentes no tienen ninguna perspectiva de regeneración, hay que confesar que muchos van a los presidios porque no tienen con quá pagar un defensor. Muchos han vivido largos meses y hasta años en las celdas de esas prisiones mientras se instruyen sus sumarias que duermen empolvadas en las gavetas del Juzgado.

Los ricos no saben de las estrecheces de la cárcel. Una fianza les cierra sus portones, y una buena defensa les restituye su libertad. Para ellos es la suspensión de la pena, para ellos las complacencias de la ley y la compasión de los jueces.

Los desheredados corren una suerte bien diferente. Caen hoy a la prisión, y pasan muchos y muchos días antes de que se conozca de su asunto, o si se les está estudiando se retarda su curso con todas las ritualidades de estilo. Cuántos después de un año de presidio reciben la noticia de que el tribunal ha declarado su inocencia. Quién les restituye ese tiempo? Ante quién reclaman esos perjuicios? Porque parecie ra que los jueces no auscultasen el corazón de sus prisiones para conocer sus agitadas palpitaciones, y que sólo supieran de las horribles muecas de los recluídos y de sus quejas, cuando hasta ellos las llevan sus defensores.

Para eso vengo a rogar un campo en su periódico, para una sección donde se hable por los pobres presos cuyas ansias se ahogan antes de tocar el techo de sus celdas y que pocas veces recuperan su libertad, no exactamente porque esa libertad se compre, sino porque no pueden comprar las voces que hagan su defensa y hagan conocer su asunto de quienes tienen entre sus manos la alta tarea de la justicia.

Desde ese campo lucharemos —con la escasa fuerza de nuestra cariñosa ineptitud— por la felicidad de muchos hogares desamparados y por la libertad de muchos hombres honrados, atada cruelmente al poste de un posible error judicial.

Ud., luchador de causas sanas, aceptará mi indicación.

Afectuotamente,

J. Albertazzi Avendaño

San José, Abril 15 de 1914.

La mujer

Entre las creaciones con que Dios ha hecho conocer a las generaciones su omnímoda sabiduría, está la creación de la mujer.

La hizo débil, pero con la debilidad de una corpulenta ceiba que balancea al soplo de los vientos su copudo ramaje, pero el tronco nó.

La mujer es el ser por excelencia heróico ante el dolor, pues sólo muerta se le vé vencida. ¡Roble que resiste impertérrito el empuje de los huracanes, pero que sólo cae al golpe del hacha inexorable!

Mientras el hombre —ser fuerte en apariencia— se doblega ante el dolor como la cabeza de un niño somñoliento en el regazo de la madre, la mujer se inclina levemente para erguirse enseguida presurosa y valiente.

El dolor para la mujer no es un enemigo: es un accidente; ella está hecha para combatirlo, y en lucha abierta con el dolor, siempre le sobrará valor. Pero hay una que se distingue por sus mayores heroísmos de valor: La madre.

La madre es la más legítima personificación del amor y del valor.

Así como no puede existir el rayo sin la nube, tampoco puede existir una madre sin valor y sin amor.

Para la madre el valor es un escudo de defensa. Por salvar a un hijo, se lanza sin reconocer obstáculos ni horrores al peligro, al mar, al fuego, y hasta la muerte misma, y con la misma intrepidéz con que lo hiciera un loco, puesto que va enagenada e impelida por la locura inexplicable del valor y del amor.

Con el mismo placer con que inclina la cabeza para recibir en sus mejillas escuálidas los besos de su hijo; con ese mismo placer inclinaría la cabeza para recibir el golpe de la cuchilla homicidia que habría de cortar la cabeza de su hijo, si en tal peligro se encontrará. Tal es el amor y el valor de una madre.

Todo valor va trás un amor; toda esperanza persigue una victoria; toda victoria va en alcances de una recompensa, pero en la madre no.

Cuando una madre ha salvado a su hijo de un peligro, se reune a él, le entabla conversación, le da consejos amorosos y repletos de verdades; sus palabras son torrentes de ternura, sus miradas expresivas, y sus caricias son suaves como el roce de un céfiro que ha besado en una mañana de Abril el cáliz de las rosas y las flores del mirto. Su elocuencia es profundamente sugestiva, sus ideas, puras, obvias, y conmovedoras, y hasta quisiera ella que su alma se transformara en ese instante en un manjar delicioso y exquisito para brindarle hasta el alma de alimento a su hijo.

Durante los sabios consejos que la madre da a su hijo, se suceden cortos intervalos de silencio, pero ella no los hace para pensar, sinó, para ceder a sus ojos su mayor elocuencia, pues ellos con el gesto hablan en su lenguaje mímico como dos bocinas metálicas, a las cuales hay que reconcentrar toda la penetración de la vista, cual si ésta poseyera una virtud auditiva, y a cuyas bocinas está transmitiendo el corazón de la madre sus telegramas.

Téngale o no amor el hijo a la madre, a ella nunca le faltará amor para mirarlo, y valor para librarlo del peligro, compartir con él penas y amarguras.

Los cuidados, los desvelos, y las lágrimas con que una madre nos rodea desde la cuna, y tal vez... hasta la muerte, son acciones de amor que nos muestran y recuerdan que no hay en la vida un ser más digno de veneración, amor, respeto y obediencia que la madre, y debemos rendirle culto de adoración en nuestro corazón a esa representante de Dios sobre la tierra!

Alejandro Zúñiga Girón

Se vende una casa en el mejor punto de Aranjuez, frente a la de don Luis Llach; su construcción es buena, de madera y con agua de cañería. Para informes entenderse con Carmen Calbosa, frente al salón patines don José Mª Volio.

Por el maestro

De la independencia del magisterio en las naciones, depende en gran parte la libertad futura de los pueblos.

Niños que son educados por hombres, cuyo pensamiento es esclavo de la injusticia y la pobreza, asimilan de sus maestros la repulsión hacia el trabajo consciente y crean en sí el hábito de trabajar, no por el placer del trabajo mismo, sino por la necesidad de cumplir con un deber.

El maestro es el ser que en el mundo desempeña una de las misiones más hermosas: la de educar a los pequeños, pero también es cierto que recibe la peor de las recompensas: la indiferencia de los grandes.

Si queréis llegar a viejos olvidado y talvez despreciado de los hombres, gastad vuestro pensamiento de joven en hacer progresar a los niños.

Si sois maestro, por mucho que ganéis, no recibiréis en dinero el equivalente de vuestros esfuerzos; si estáis de maestro, por necesidad, por mucho que trabajéis, no descontáis con vuestro trabajo el sueldo que recibes.

Es por este grupo de ciudadanos, por quienes la sociedad entera debiera levantar una bandera de combate, a fin de conquistarles una posición digna de su cargo; es para estos incansables luchadores para quienes el gobierno debiera asignar las sumas más fuertes del presupuesto. Gastar en la instrucción de los pueblos, es almacenar tesoros incalculables para el futuro

Es al maestro a quien por derecho le toca devengar los mejores sueldos en una nación, sin que por esto se crea que soy propagador de las ideas de la empleomanía, pues apartado felizmente del potaje nacional que se llama Presupuesto, si creo estar en el deber y en la obligación también, de alzar mi débil voz para ver que se procure un mejor estar al maestro.

Maestros que con su raquítico sueldo no pueden atender ni medianamente sus obligaciones, indudablemente buscarán otros horizontes menos ingratos o cercenerarán al tiempo de sus labores, ratos para procurarse un aumento a su sueldo, dando por resultado el descuido parcial de sus obligaciones, en la escuela, perjudicándose así los niños que tienen el derecho de exigir de su maestro mayores esfuerzos.

Maestro que gana poco, también se dedicará a dar clases a domicilio y así taasformará su ciencia y su inteligencia en mercancía que dará a trueque de dinero; y más tarde, con el deseo de tener mayores ganancias, tomará a su cargo tantas clases, que no le será posible, ni atender a sus trabajos particulares, y mucho menos a sus labores oficiales, y por fin, ya abrumado por el trabajo, irá poco a poco retirandose de los libros, sentirá después repulsión por el estudio y caerá en el triste camino de la rutina, con lo cual inutiliza para siempre su carrera.

Hagamos del maestro un verdadero servidor de su apostolado, y daremos auge a la intelectualidad futura; estimulemos al maestro, para que este a su vez estimule a sus alumnos, inspirándoles amor y adoración por el estudio; retribuyase muy bien el esfuerzo del maestro, y entonces sí podremos vanagloriarnos de tener más escuelas que cuarteles; pero mientras existan mi ¡itares que pasan largas horas dentro del cuartel distrayendo su espíritu con el juego de billar; mientras haya militares que con menos trabajo que un maestro estan devengando sueldos mayores, es mejor no hacer alardes infundados en favor del Magisterio.

Libertemos al maestro de sus congojas y entonces podremos decir con mucha razón, se está libertando nuestra patria.

Fausto Blanco

José M. Volio G.

Pasante de Abogado y Notario Público

Despacha en el bufete del Lic. Astúa Aguilar, 50 varas al Sur del Teatro Variedades.

Al amigo:—*Agradézcole su consejera carta, la que tendré gusto de contestarle cuando sepa quién es el amigo.*

Su atto. s.,—Gmo. Casasola A.

DEPOSITO DE MADERAS de A. Giustiniani

100 varas al Norte Estación del Pacífico

El Admor. Ruperto Sáenz

Maderas de todas clases y dimensiones procedentes de Orotina Inmenso surtido de tablillas, tabloncillos y molduras. Maderas propias, lo que nos permite garantizar que son cortadas en buen tiempo y ofrecerlas al público a precios muy favorables.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.